

COMENTARIOS

EL ULTIMO DISCURSO DE ALVARO MAGAÑA

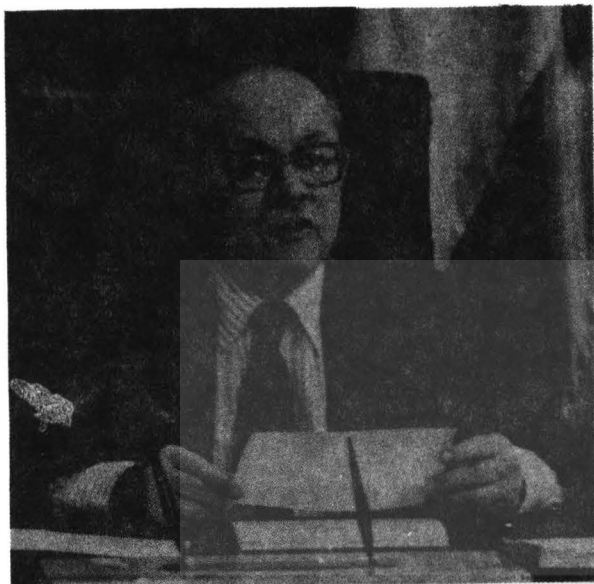
Alvaro Magaña subió a la presidencia de la República por la puerta de atrás. Tras las elecciones para asamblea constituyente de 1982, una coalición de partidos derechistas encabezada por ARENA reunía la mayoría de votos, lo que le permitía poner a su candidato como presidente. Pero el candidato elegido era Roberto D'Aubuisson, figura en aquel momento inaceptable a los intereses norteamericanos y sus planes para El Salvador. Así, olvidados al parecer de los principios democráticos y de los resultados de las elecciones que ellos mismos habían impuesto y promovido, Estados Unidos, a través de presiones militares y de los oficios del general Vernon Walters, forzaron una componenda: D'Aubuisson quedaría como presidente de la asamblea, mientras a la Presidencia de la República iría un hombre que gozara sí de la confianza de los militares y de la aceptación de los partidos políticos, pero que fuera más presentable internacionalmente. La elección recayó en el Dr. Alvaro Magaña, graduado de la Universidad de Chicago, presidente por muchos años del Banco Hipotecario, y con impecables credenciales tanto ante la empresa privada como ante el gremio militar.

Durante sus dos años como presidente, Magaña ha tenido que desempeñarse en el claroscuro permitido a la gestión política en medio de una guerra civil dirigida por el poder militar y quienes lo alimentan, sin un partido ni unos electores que lo respaldaran, disponiendo únicamente de aquel poder que pudiera conseguir con su capacidad para mediar entre las fuerzas dominantes en

el país. En esas condiciones, y a reserva de una valoración más ponderada, lo menos que puede decirse es que Magaña ha cumplido su cometido con indudable habilidad y limpieza políticas. Las mismas circunstancias que no le permitían ser un líder para el país, lo han obligado a ser un mediador entre los grupos dominantes, sobre todo entre las fuerzas económicas y militares que respaldaban al PDC y ARENA.

El gobierno de "unidad nacional" que Magaña no formó, pero que tuvo que presidir, fue un gobierno en crisis permanente, agarrado por intereses opuestos, apenas de acuerdo en seguir adelante con la guerra, pero imposibilitado de desarrollar una política coherente, incluso respecto a la forma misma de hacer la guerra. No cabe atribuir a Magaña la inutilidad de su gobierno; por el contrario, a Magaña más que a nadie hay que atribuirle el no pequeño mérito de haber impedido el colapso final de una unidad tan precaria y de haber sacado una vez tras otra del atolladero de su inviabilidad a su gobierno pluripartidista hasta conducirlo a término.

Así, quien entró a la presidencia por la puerta de atrás, salió si no por la puerta grande de la historia (mal podía haberlo hecho con tantas limitaciones), sí por la puerta del desempeño digno. Tanto el estilo como la sustancia de su mandato quedaron bien reflejados en su último mensaje durante el acto de transmisión del mando presidencial, un discurso ponderado, leído con la sobriedad propia de un estadista moderno, sopesando razones y sin incurrir en gritos demagógicos.



cos o calificativos altisonantes. Toda una lección presidencial que, lamentablemente, parece no haber hecho escuela.

El discurso de Magaña tuvo tres partes bien diferenciadas. En primer lugar, interpretó su período presidencial como parte de un proceso de evolución hacia la democracia, cuyo rasgo más notable habría sido el "esfuerzo sostenido de un pueblo por gobernarse a sí mismo". Las elecciones habrían constituido tan sólo una manifestación del carácter democrático del pueblo salvadoreño.

Por ello, resultaría "necesario analizar las motivaciones de los votantes en las elecciones sucesivas" a fin de que los gobernantes obedezcan la voluntad popular. Quizá como un primer análisis, Magaña afirmó que el pueblo "votó con entusiasmo por la paz," lo que supondría para el gobierno el mandato básico de lograrla.

La segunda parte del mensaje presidencial, la más larga, la dedicó Magaña a hacer un llamado a la unidad nacional. La unidad requeriría, por un lado, un gobierno de y para todos los salvadoreños, que antepusiera los intereses del pueblo a los intereses partidistas; y, por otro lado, "una oposición responsable y civilizada" —cualidades tanto más necesarias cuanto se conoce la proclividad de ciertos sectores a resolver los dilemas mediante la violencia y no la razón. Ahora bien, la unidad no puede ser concebida como "un fin en sí misma;" la unidad es apenas

el requisito para lograr los objetivos nacionales de recuperación económica, superación del conflicto social, establecimiento de la paz y el respeto a los derechos humanos.

Finalmente, en la tercera parte de su mensaje Magaña expresó su gratitud a diversos sectores por la colaboración prestada a su mandato: a la asamblea, a los miembros de su gabinete, a la Iglesia católica, a los medios de comunicación social, a los gobiernos de Centro y Norte América y, muy en especial, a los miembros de la Fuerza Armada.

A pesar de su brevedad, el mensaje último de Magaña merece una reflexión que, desdichadamente, no le han dedicado los medios de comunicación masiva del país. Sus dos puntos centrales sobre la voluntad democrática del pueblo salvadoreño y el sentido de la unidad nacional constituyen dos importantes ejes que deberían servir para articular la política de cualquier gobierno que deseara enfrentar el estado de guerra en que actualmente se debate El Salvador.

Para Magaña, el pueblo salvadoreño ha demostrado reiteradas veces su voluntad de gobernarse a sí mismo. Pero esta voluntad de asumir las riendas de su propio destino no puede reducirse al acto de votar, como parecen defender los partidarios de la democracia al estilo norteamericano. Lo que importa no es tanto lo que ocurre *durante* los procesos electorales, limitados por lo general a una opción muy estrecha, cuanto lo que ocurre *entre* las elecciones; y si al pueblo se le priva de voz y voto en el día tras día, de poco sirve que luego se pretenda ensalzar y cantar las maravillas de su disposición a marcar con una "x" sobre alguno de los símbolos partidistas ante los ojos regocijados de observadores internacionales.

Por ello, habría que tomar muy en serio la recomendación de Magaña de que se analicen las motivaciones que llevaron a votar al pueblo salvadoreño, es decir, lo que las personas quisieron expresar con su voto. Magaña aventura incluso la interpretación de que ese voto expresó ante todo una voluntad de paz. Si esto fuera así —y los análisis científicos disponibles coinciden al respecto— a los gobernantes no les quedaría más opción, si quieren ser democráticos, que lograr la paz. Y conseguir la paz significa, primero y fundamentalmente, poner fin a la guerra. Por desgracia, quien resultó ganador de las últimas elecciones, el Ing. José Napoleón Duarte, en lugar de asumir como punto de partida para su

programa de gobierno esa voluntad de paz reclamada por el voto popular, optó en su discurso inaugural por partir del análisis ideologizado y extranjerizante de la administración Reagan, más empeñada en seguir adelante con sus planes de exterminio de los insurgentes que en buscar la paz para el país.

No menos importante es el llamado a la unidad nacional del mensaje de Magaña. Ante todo, el que la unidad nacional deba integrar tanto a quienes se encuentran en el gobierno como a quienes forman parte de la oposición, significa que unidad no es lo mismo que uniformidad y que, para ser salvadoreño (ni bueno ni malo, simplemente salvadoreño), no hay que comulgar con todas y cada una de las ideas u opciones impuestas por quienes detentan el poder, ya sean salvadoreños ya sean norteamericanos. La unidad nacional no puede concebirse como homogeneidad ideológica al servicio de los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos; unidad nacional debe concebirse, por el contrario, como un ordenamiento independiente, donde todas las fuerzas sociales (y no sólo las de un color) tengan forma de expresarse y articular sus intereses sin tener que acudir a la clandestinidad o a la insurgencia armada. En El Salvador, hoy, resulta falso hablar de "unidad nacional" mientras haya sectores a quienes se niega la posibilidad de una participación racional. La mejor prueba de que esto es así es la situación de guerra civil que ya arrastramos por casi cuatro años.

Pero la unidad nacional, como bien indica Magaña, no es un fin en sí misma; la unidad sólo tiene sentido en función del bien que con ella se puede realizar. Y ese bien tiene que definirse a partir de los problemas más graves que presenta el país, tanto coyunturales como estructurales. Tres gravísimos problemas señala Magaña en su mensaje: la crisis económica, la guerra y la violación a los derechos humanos. La idea es que sin unidad, sin una verdadera unidad nacional, ninguno de los tres podrá ser superado. Porque mientras haya insurgencia no habrá paz, y la guerra no sólo irá consumiendo en forma cada vez más acelerada nuestros recursos económicos, sino que seguirá propiciando el irrespeto a la vida humana y el maltrato a los derechos más fundamentales del pueblo.

Sería contrario al estilo sin pretensiones de Alvaro Magaña considerar su mensaje final como un testamento político. Pero ciertamente constituye un modelo poco común en nuestro país de cómo firmar el término de una misión muy difícil, cumplida con dignidad. El discurso de Magaña no suprime de un plumazo los graves errores del gobierno que tuvo que encabezar, pero sí signa el desempeño de un hombre, cuya forma sencilla, racional y dialogante de enfrentar los problemas puede constituir una buena lección para quienes se consideran casi dueños del bien y la verdad absolutas.

I.M.B.